

Los dineros de la guerra

Michael Seidman

José Ángel Sánchez Asiaín

La financiación de la guerra civil española. Una aproximación histórica
Barcelona, Crítica, 2012 1.328 pp. 55 €

Este volumen de más de mil trescientas páginas es el estudio más completo de las finanzas de la Guerra Civil y sirve de inteligente guía de los aspectos monetarios del conflicto. Sánchez Asiaín establece un marcado contraste entre los dos bandos beligerantes. Por un lado, los republicanos adoptaron un anticapitalismo revolucionario que distanció a poderosos hombres de negocios nacionales y extranjeros. La tolerancia que mostró la República hacia la autonomía regional y local permitió que al menos seis gobiernos imprimieran y acuñaran cantidades masivas de dinero de diferentes tipos. Provocaron una hiperinflación y fomentaron que volviera a practicarse el trueque. Los gobiernos republicanos se mostraron bien incapaces, bien reticentes a cobrar impuestos. La colectivización de los medios de producción contribuyó a la destrucción de la base de los ingresos y muchos proletarios interpretaron la revolución como una liberación de los impuestos y del pago de rentas. En 1938, «el Ministerio de Hacienda y Economía [de la República] perdió todo su poder impositivo recaudatorio» (p. 536).

Por su parte, los nacionalistas adoptaron políticas monetarias pragmáticas, aunque ortodoxas, que limitaron la oferta de dinero y mantuvieron controlada la inflación. Una sólida divisa depositada en fiables cajas de ahorro favoreció el ahorro. De hecho, los bancos vascos obtuvieron, sorprendentemente, beneficios durante la guerra. Esta estabilidad aumentó las donaciones «voluntarias» y permitió el incremento de la tributación. Los nacionalistas introdujeron cinco nuevos impuestos y, lo que resultó incluso más importante, recaudaron aquellos que habían sido legislados anteriormente durante la República. Los nacionalistas centralizaron el poder político bajo control militar, aunque las autoridades provinciales mantuvieron una autoridad considerable para recaudar rentas y cobrar multas. Aunque económicamente intervencionista, los franquistas se granjearon, sin embargo, la cooperación de pequeños hombres de negocios y capitalistas internacionales, como Juan March y Francisco Cambó.

La ayuda inmediata prestada por Italia, Alemania y Portugal a los nacionalistas superó a la tardía pero significativa asistencia recibida por la República de la Unión Soviética. El autor insinúa que la ayuda soviética dependió en menor medida de la viabilidad de la victoria republicana de lo que fue el caso con el auxilio más interesado brindado a los nacionalistas por Italia y Alemania. Mussolini veía España como una pieza esencial dentro de su plan de dominar el Mediterráneo. Los alemanes –en especial Hermann Goering, que fue el nazi de mayor rango más estrechamente vinculado con el conflicto– deseaban convertir España en una colonia económica que habría de suministrar a Alemania materias primas. La ayuda nazi convirtió a Alemania en 1939 en el socio comercial preponderante en la zona franquista. El autor resulta especialmente

esclarecedor cuando estudia el tema de la importancia a menudo pasada por alto del papel desempeñado por Portugal. El vecino ibérico temía que el modelo republicano español acabara extendiéndose a su territorio y contribuyó financiera, diplomática y logísticamente –sobre todo con envíos de productos petrolíferos esenciales durante las primeras semanas del conflicto– a la victoria de los sublevados. Los nacionalistas contaron con una mayor ayuda procedente de la comunidad bancaria internacional que los republicanos, pero el apoyo a los primeros no fue en absoluto automático.

El autor ofrece un análisis acertado de la controvertida venta de oro a la Unión Soviética por parte de la República. Las reservas de oro, las cuartas del mundo por su volumen, equivalían en términos de divisas al cuarenta por ciento de los ingresos totales del Estado en el ejercicio de 1935. Aunque Sánchez Asiaín parece afectado por la violación de la legalidad por parte de la República –el Banco de España era por entonces una institución privada cuyo oro podía utilizarse únicamente para defender el valor de la peseta–, señala que el único medio seguro que tenía la República de adquirir armas suficientes era comprándoselas a la Unión Soviética. El autor realiza la excelente observación de que, al contrario que el gobierno de Madrid, que poseía al comienzo del conflicto no sólo las masivas reservas de oro sino también el sesenta y cinco por ciento del dinero español, el régimen de Burgos hubo de compensar su carencia de metales preciosos y de divisas endeudándose con Alemania e Italia. Al contrario que muchos historiadores de este período, se muestra relativamente positivo sobre la actuación económica de los nacionalistas y muestra que la ayuda recibida de las potencias fascistas no constituyó el único motivo para explicar que los franquistas ganasen la guerra.

Navarra constituye quizás el mejor ejemplo de apoyo económico nacional para la sublevación. Como fondos de José María Gil-Robles apoyaron al general Mola, carlistas adinerados –como el industrial José Luis de Oriol y Urigüen– desempeñaron un papel esencial a la hora de mantener viva la sublevación durante las tres primeras semanas del conflicto. Los carlistas proporcionaron un modelo para el resto de la zona nacionalista al imponerse ellos mismos tributos para luchar contra la República. En agosto de 1936, la Diputación de Navarra impuso un impuesto nuevo y progresivo para financiar la campaña bélica, que recaudó casi doce millones de pesetas en un año. En lo que supuso un anticipo del Subsidio Familiar ofrecido por toda la zona nacionalista a finales de 1938, la Diputación utilizó los nuevos ingresos para ofrecer subsidios a las familias de los combatientes. Además, la Diputación se adelantó al Subsidio del Combatiente de los nacionalistas al gravar con un nuevo impuesto los artículos de lujo. Estos sacrificios ayudan a explicar por qué Navarra fue la única región dentro de la zona nacionalista en la que el control militar no reemplazó al civil.

En la otra punta de España, en agosto de 1936, Queipo de Llano inició las políticas nacionalistas de prohibir exportaciones pagadas en pesetas con objeto de adquirir dólares y otras divisas fuertes. Desde su feudo andaluz, Queipo fue el primero en controlar los tipos de cambio de las divisas. Por toda la España nacionalista, las autoridades solicitaron donaciones al ejército (la conocida como «suscripción nacional») y a otras instituciones. Estos llamamientos recaudaron cantidades considerables y el autor ofrece –por primera vez, hasta donde yo sé– cálculos de las contribuciones provinciales por habitante. Docenas de tablas resumen todos los tipos de estadísticas disponibles. Los últimos capítulos repasan de manera fiable gran parte

de la literatura sobre las pérdidas económicas y humanas atribuidas a la Guerra Civil. El autor va más allá de la periodización convencional de 1939 como el final de la Guerra Civil a fin de explorar las finanzas de las organizaciones republicanas en el exilio, incluidos una estimación del famoso «tesoro de Negrín» y un comentario sobre la rivalidad entre este último y Prieto.

A pesar de la luz que arroja sobre numerosos puntos, Sánchez Asiaín –al igual que la mayoría de los historiadores de la contienda– supone que el control nacionalista del setenta por ciento de la producción agraria española al comienzo de la guerra aseguraba su éxito a la hora de alimentar a su propia población. Una suposición así –que es similar a la de que los nacionalistas ganaron la guerra porque contaron con una mayor ayuda extranjera– no fomenta la investigación de las exitosas políticas agrarias de los franquistas y de las fallidas de los republicanos. No fue la «planificación económica» centralizada (p. 43) de los nacionalistas lo que constituyó el motivo del éxito de su buena administración agrícola y ganadera, sino más bien su respeto de la propiedad privada, el pago relativamente rápido a los productores con una moneda sólida y las subvenciones de precios y los préstamos a bajo interés para el trigo y otras materias primas. Los residentes rurales en la zona nacionalista fueron objeto de una carga tributaria menor que los que vivían en las ciudades.

Una perspectiva comparativa subraya la importancia de estas prácticas. Al igual que los nacionalistas españoles, los contrarrevolucionarios rusos y chinos ocuparon amplias y productivas partes del país durante sus guerras civiles, a pesar de lo cual fueron derrotados. Paradójicamente, la incapacidad de la República para solucionar la creciente escasez de alimentos, a pesar de la ayuda recibida del extranjero, invitan a la semejanza con la Rusia Blanca y la China nacionalista, en las que la corrupción, la hiperinflación y los saqueos estuvieron también a la orden del día. Sánchez Asiaín aporta buenos ejemplos de esto último cuando analiza tanto el expolio del Museo Arqueológico Nacional como de las cajas de seguridad de los bancos que estaban en manos republicanas.

El libro contiene algunas repeticiones innecesarias y unas cuantas generalizaciones erróneas: los intelectuales judíos apoyaron por regla general, pero no siempre, a la República; las medidas legales contra quienes infringieron los controles de precios fueron frecuentes en la zona nacionalista; y la pérdida de ganado de labor en la zona republicana –donde soldados y civiles hambrientos acabaron por comerse animales de carga– fue muy importante.

En suma, y a pesar de ello, la profunda investigación que ha llevado a cabo Sánchez Asiaín de fuentes secundarias y primarias –incluidos numerosos nuevos archivos– ha dado como fruto una rica obra académica que resulta ya indispensable para cualquier persona que quiera abordar seriamente el estudio de la Guerra Civil.

Traducción de Luis Gago

Este artículo ha sido escrito por Michael Seidman especialmente para *Revista de Libros*

Michael Seidman es Catedrático de Historia en la Universidad de Carolina del Norte. Su último libro es *The Victorious Counterrevolution. The Nationalist Effort in the Spanish Civil War* (Madison, The University of Wisconsin Press, 2011), que será publicado este otoño por Alianza Editorial como *La victoria inesperada. La eficacia de los nacionales en la Guerra Civil*.